

que haciendo de nuestra fé en la vida eterna, la condicion necesaria de toda paz y tranquilidad entre nosotros mientras vivimos sobre la tierra? En una palabra, no hay una sola persona que con un poco de reflexion, no pueda comprender y sentir esta verdad. Es claro que las tendencias del hombre son sobrenaturales; es decir, que ellas desbordan, traspasan por todas partes el órden actual de cosas; luego es preciso que su destino sea sobrenatural: así cuando el cristianismo habla de la vida soberana que nos espera en el seno del Padre que está en los cielos, no es tanto un misterio que propone á nuestra razon, sino mas bien es la solucion de un misterio de nuestra naturaleza. En el entretenimiento siguiente examinaremos la condicion que Dios ha puesto para admitirnos en la mansion de la vida eterna.

ENTRETENIMIENTO SESTO.

Necesidad de la prueba y del combate. Caída del hombre. Diálogo con un pánico.

La religion cristiana nos dice que nosotros somos de Dios, y coherederos con Jesucristo, pero bajo de una condicion, y es, que para entrar en la gloria del Gefe divino de todos los escogidos, debemos pasar como él por el fuego de la prueba¹. ¿Es muy dura la condicion?

La dignidad infinita de herederos de Dios que nos da derecho al goce eterno del Altísimo y de todas las cosas que Él ha creado, no exigirá una educacion conveniente, no merecerá algunos dias de prueba y de combate? ¿Creeis, amigos míos, que Dios hubiera obrado mas generoso, si nos diera el cielo sin que nos costara algun esfuerzo? Yo suplico á Mr. el Mayre, nos diga lo que piensa.

1 S. Pablo, epístola á los romanos, cap. 8, versículo 17.

El Mayre.—A decir verdad, mi señor, somos nosotros tan flojos, tan enemigos de la violencia y del trabajo, que la mayor parte, por no decir todos, se acomodarian muy bien con un cielo donde se entrara de liso en llano y sin la menor gota de sudor en la frente: resta saber si esta reunion de ociosos seria tan bella como el cielo de los apóstoles, de los mártires, de los confesores y de las vírgenes: ¿es posible que el Padre celestial, que nos ama mas que nosotros mismos, haya juzgado de otra manera?

Jesucristo nos dice: "que el reino de los cielos sufre violencia, y que no lo alcanzarán sino los que se hacen violencia," que Él mismo debió sufrir para entrar en su gloria. Me parece que esto podria referirse á Él: entrando al cielo sin combate, se gozaria sin duda de la exencion de todos los males, se encontrarian tambien todos los bienes, menos uno, que tiene tambien su buen precio, quiero decir, el mérito.

Platon Polichinelle.—Sí, mi señor, el mérito es una cosa tan grande, aun al juicio de los hombres, que todo corazon noble y elevado, prefiere el mérito sin honores, á los honores sin mérito: un ejemplo entre mil.

En tiempo de Luis XIV, el duque de Villeroy, y el nieto del librero Tabert, eran los dos maris-

1 S. Lucas, cap. 24, v. 26.

cales de Francia, el primero debia el baston á su nacimiento y al favor, el segundo lo conquistó á fuerza del valor, de las heridas y de grandes hechos de armas: ¿qué militar no habria preferido el rango de Tabert, tan pobre en papeles de nobleza, tan grande en el campo de batalla, al rango del grande favorito, tan pequeño en el ejército, que habiendo sido sorprendido en la cama por el príncipe Eugenio, en el sitio de Cremona en 1702, sus oficiales y soldados hicieron de esto una fiesta, una burla?

Los que de entre vosotros, mis amigos (y estos en grande número), deben entregarse á un trabajo insoportable para mantener á una numerosa familia y pagar sus impuestos, juzgan sin duda que su suerte es muy dura cuando se comparan con los que se llaman ricos y con los dichosos del siglo: pues bien, estos juzgarán de otra manera, cuando habiendo recibido su baston de mariscal en la mansion de la gloria, que no se acaba, conozcan el precio de sus sufrimientos, y adónde van á terminar los goces de este mundo, esperando que ellos meditan la palabra de nuestro buen Señor: bienaventurados los que viven con paciencia como yo, en la pobreza, el trabajo, la privacion y las lágrimas, porque el reino de los cielos con sus tesoros inagotables y sus gozos eternos, es para ellos.

Sin duda vuestro celoso pastor y el escelente

instructor que le secunda en el grande negocio de la educacion de vuestros hijos, desearian que ellos fuesen ángeles por su inteligencia y sabiduría: su trabajo seria menos rudo y mas fructuoso, sí; pero con menos pena y mas satisfaccion acá abajo, encontrarian menos gloria en las alturas, donde, segun uno de los profetas, los que hubieren enseñado la justicia á sus hermanos, brillarán como astros en la eternidad.¹

Sin duda, que tambien vuestro Mayre y todos sus colaboradores en la administracion del pueblo desearian encontrar en todos los espíritus una apreciacion mas equitativa de sus actos y de su solicitud por el bien público: tambien quisieran ellos en la administracion superior menos pretensiones de querer reglamentar las cosas que ella no conoce, y hacer á sus agentes responsables de sus necesidades: pero es de este sacrificio pagado con ingratitud, de vejaciones y de injusticias, de que se compone la corona de la gloria de los administradores cristianos. En el dia del grande examen, no se les preguntará á los Mayres y sus adjuntos, ¿habeis hecho cosas grandes? sino se les dirá: ¿qué habeis sufrido para obrar el bien y combatir el mal?

Basta decir, mis amigos, por qué Dios que tiene un grande deseo de nuestro bien y de nuestra

¹ Daniel, cap. 12, v. 13.

verdadera grandeza, ha querido proporcionarnos la ocasion de merecerla, y hacer de nuestra primera existencia (es decir, del tiempo que vivimos sobre la tierra) un dia, comparado con la eternidad, de prueba y de combate: yo creo que es tambien bastante para refutar los increíbles absurdos de los pancistas del siglo XVI, tales como Lutero, Calvino y otros doctores del protestantismo, que se atrevieron á sostener como artículo de fé, "que el hombre no se salva sino por la fé en los méritos de Jesucristo, y que el que tiene esta fé sube al cielo, aun cuando esté manchado con mil adulterios y mil homicidios; y que el alma virtuosa que cree la necesidad de buenas obras, baja á los infernos con sus virtudes." Así fué cómo estos falsos profetas, que acusaban á la Iglesia católica de que corrompia la Biblia y ocultaba al pueblo la verdadera palabra de Cristo, ultrajaban sin medida á la Biblia, que desde el empezar hasta el acabar no es mas de una exhortacion á las buenas obras y á la fuga de toda iniquidad: así es cómo se burlaban de Cristo y de sus apóstoles, cuya doctrina toda y sus ejemplos no han tenido otro objeto que obligarnos á crucificar nuestras pasiones, y á practicar todas las virtudes: y es muy justo observar aquí, que la mayor parte de los protestantes de nuestros dias han abandonado estos detestables principios que harian de la sociedad un infierno. ¡Ojalá lleguen ellos á

comprender que los hombres que trastornaron la Europa para propagarlas, no eran mas que instrumentos del enemigo de Dios y de los hombres.

El Instructor.—Permitid, mi señor, proponeros una dificultad que agita un poco á mis vecinos: heridos de lo que habeis dicho sobre la necesidad de las buenas obras y la importancia del mérito, concluyen que faltará alguna cosa á los niños inocentes, que no deben el cielo mas que á la gracia del bautismo.

Platon Polichinelle.—No, amigos míos, nada faltará á la felicidad de estos ángeles: si ellos no tienen el mérito personal, tienen como miembros de la familia cristiana su parte en los méritos de todos los demas. Esta es la grande ventaja de la comunión de los santos, dogma católico que descuellera de esta verdad capital, y es que Dios ha querido que todos los hombres no hagan mas que uno, y que los fuertes trabajen por los débiles. Esta comunión ¿no la encontramos tambien en el orden civil y político? ¿Cuál es el buen ciudadano, por oscuro que sea, que no se regocije de las glorias de su patria, que no padezca en sus humillaciones y reveses? En el dia de una grande victoria, el soldado del cuerpo de reserva que ha estado fuera de los tiros del cañon enemigo, no es menos victorioso que los demas del ejército: es verdad que no se le dará la cruz ó las charrete-

ras, como al que ha tomado una bandera al enemigo ó al que ha recobrado la de su cuerpo; pero él tendrá justamente parte en el mérito general del ejército.

Pues bien, lo mismo es en el grande ejército cristiano combatiendo por la conquista del cielo, y aun con mas razon, porque nuestra union religiosa es mas grande, mas estrecha que nuestra union nacional, que nuestra union en las filas de un ejército. Los niños muertos antes de la señal de la prueba, son una tropa de reserva, que no habiendo tenido ocasion de combatir, no por eso tienen menos derecho á los frutos comunes de la victoria.

Entre los hombres que llegan á la edad de la razon, y viven bastante para tomar parte en la prueba y empeñarse en la batalla contra el error y el vicio, unos huyendo cobardemente rinden las armas y se pasan al enemigo: en el dia de la retribucion estos cobardes, estos traidores serán degradados, y desterrados para siempre de las filas de la humanidad triunfante: muchos se limitan á hacer su deber, estos recibirán la corona de un soldado fiel; otros muchos se batén como diez, como veinte, como ciento, y hacen grandes presas al enemigo; á estos bravos entre los bravos, el justo remunerador distribuirá las dignidades y los grados desde los puros galones hasta los bastones de mariscales. Y en este ejército de los escogidos,

unidos todos por el sentimiento perfecto de justicia y de caridad, no se escuchará mas que una voz para probar las distinciones debidas á los grandes hechos, cuyo brillo resaltará sobre todo el cuerpo de los bienaventurados. Sin estas victorias obtenidas por el valor de un grande número, y por los hechos heroicos de algunos otros, ¿qué sería la milicia de celestiales cortesanos? sería un ejército de parada cuyos soldados serian unos ociosos y los oficiales unos favoritos.

No habiendo sido colocada la especie humana sobre la tierra sino para la prueba y el combate, era preciso que sus dos primeros gefes encontrasen un tentador, un enemigo, porque sin tentacion no hay prueba, sin enemigo no hay combate. No preguntéis mas, amigos míos, por qué Dios permitió á Satanás el ir á hacer cuentos á Eva y á perturbar el venturoso matrimonio del paraiso terrenal.

Hemos visto en el entretenimiento anterior que el Preceptor celestial nada omitió para ilustrar á nuestros padres y fortalecerlos contra el ataque: para probar su fidelidad á la leccion divina, era natural que el padre de la mentira fuera á darles una leccion del todo opuesta, lo hizo, y vosotros sabéis bien con qué resultado.

Que se lamente esta catástrofe, nada mas justo; pero será una injusticia, una impiedad querer hacer á Dios responsable. El interés manifiesto de

Adam y Eva, así como el interés de su gran familia, era combatir y ennoblecerse por la victoria: para que su triunfo fuera meritorio, era preciso que dependiera de ellos vencer ó ser vencidos: Dios habia hecho todo para facilitarles la victoria; si ellos fueron vencidos, fué porque quisieron. Preguntar por qué permitió Dios que ellos abusaran de su libertad, es lo mismo que preguntar, por qué en lugar de dos seres inteligentes libres, no nos dió Dios por padre y madre á dos máquinas.

Sobre este punto del pecado original y sus consecuencias, habréis escuchado, amigos míos, mil objeciones que todas se reducen á ésta: Que Dios castigase á Adam y Eva, era una cosa muy justa; pero envolver á todo el género humano en su desgracia ¡qué dureza! ó mas bien, ¡qué cosa tan absurda! ¿Qué pensar de una religion que pone este dogma á la cabeza de todos sus dogmas? Bien, esta objecion que tiene una tan bella apariencia, en el fondo no es mas que una grande sinrazon. En efecto, ella no solo niega un hecho histórico, que constantemente ha sido creído por el pueblo judío, por todos los pueblos cristianos, y aun por todos los pueblos paganos¹; ella niega tambien hechos que están á nuestra vista, y trastorna nuestras ideas fundamentales sobre el hombre y la socie-

¹ Ved el Despertador del pueblo, lec. 2ª

dad: esto es lo que voy á demostrar, mis amigos, en un corto diálogo con un libre pancista.

—¿Creeis, vos, le diria yo á este hombre que trata al pecado original de fábula absurda, creeis que todos los hombres salen de un mismo matrimonio y que todos son hijos de Adam y Eva?

El libre pancista.—La Biblia lo dice; pero yo no creo esta historia.

Platon.—Si no creeis esta historia, la única que hace conocer el origen del mundo y del hombre, le falta fundamento á vuestra filosofía, y no puede elevarse muy alto. Sobre todo, os está prohibido hablar de *fraternidad humana y de humanidad*, porque no hay fraternidad entre los que no son hijos de un padre comun, ni humanidad, ó sea unidad de la especie humana, cuando no se sabe de dónde vienen los individuos. En vuestro sistema habrá, si así lo queréis, rasgos de semejanza entre los hombres, como los hay en las diversas categorías de los micos; pero el francés no podrá decir al alemán, al italiano, al chino ó al negro, tú eres hueso de mis huesos, y carne de mi carne; está bien, no creais el hecho de la fraternidad humana, pero ¿creeis por lo menos la posibilidad del hecho?

El libre pancista.—Esta posibilidad no me parece demostrada.

Platon.—¿No habeis observado siempre, mi señor, un hecho escesivamente comun y tambien

muy viejo, y es que los hombres, en vez de salir quién sabe de dónde, salen todos los unos de los otros en virtud de una ley, misteriosa sin duda, pero que no se puede negar sin locura? Pues yo os ruego que observeis que esta ley de propagacion es tal, que si por una disposicion providencial nuestra especie desapareciera repentinamente de este mundo, salvo un solo matrimonio, bastarian este nuevo Adam y su compañera para poblar de nuevo á la larga nuestro globo: siendo esto así, la posibilidad del hecho histórico de la Biblia, á saber, que todos los hombres han salido de uno solo, ¿no es un hecho demostrado?

El libre pancista.—Sea así, ¿y qué concluís de esto?

Platon.—Vedlo aquí. Si es posible que nosotros todos vengamos de Adam y Eva, ¿no es igualmente posible que Adam y Eva nos hayan engendrado á su imagen y semejanza? Supongamos mas, que por su mala conducta nuestros primeros padres hayan dejado de ser hombres perfectos, angelicales, dotados de todas las prerogativas con que la bondad del Creador habia podido enriquecerlos, y que por su locura y por su ingratitud, ellos hayan venido á ser como nosotros, hombres pobres, llenos de debilidades, y del germen de la muerte en su constitucion física, y de pasiones desordenadas en su alma, ¿no es muy natural pensar, que estos dos pobres reyes en lugar de dar á

luz ángeles, no hayan sido capaces mas que de comunicarnos lo que ellos tenían, una naturaleza llena de debilidad y de miseria? Es verdad que siempre será un misterio la corrupcion de nuestra naturaleza en Adam; pero nuestra descendencia de Adam, por vía de generacion, ¿no es tambien un profundo misterio? ¿por qué juzgaríais esto posible y creíble, y lo otro absurdo?

Libre pancista.—Hay una grande diferencia. Yo veo á los hombres engendrar á otros hombres; pero yo no he visto jamas á los padres trasmitir á sus hijos el pecado original con la vida.

Platon.—¿Cómo, señor! ¿No habeis jamas percibido que los hijos reciben con la vida el germen de todos los vicios, y de todas las enfermedades del alma y del cuerpo: que ellos nacen con un fondo de ignorancia, de corrupcion, de inclinacion al mal, que da terriblemente que hacer á los que deben educarlos? Y bien, este fondo de desorden moral y físico, que hace decir á los hombres de buen sentido, tanto entre los paganos como entre los cristianos: Un Dios infinitamente bueno y sabio, no ha podido crear á los hombres en este estado: este fondo de desorden, digo yo, es el pecado original¹: rechazándolo como absurdo, vais contra la evidencia de los hechos.

¹ Por este fondo de desorden se demuestra la existencia del pecado original, que es la mancha con que nacemos, heredada de nuestros primeros padres.

Libre pancista.—Señor, yo no admito esta corrupcion natural del hombre. Los niños nacen buenos; pero la sociedad, así como la supersticion y el despotismo, los echan á perder.

Ved aquí, mis amigos, la necedad que los incrédulos están obligados á sostener. A la creencia del género humano, á la enseñanza de la Iglesia católica, á la evidencia de un hecho conocido de todos los padres y madres, de todas las nodrizas, de todos los maestros y maestras de escuela, ellos oponen los desvaríos de Juan Santiago Rousseau en su Emilio, sobre la bondad natural del hombre.

No me detendré en combatir un sueño que el mismo Rousseau no creyó, puesto que siempre rehusó educar á los pequeños ángeles que le daba su concubina; pero sí recordaré lo que he dicho en otra parte¹, y es, que los que niegan el pecado original son una prueba viviente de él.

¹ Ved el Despertador del pueblo, lec. 2.^a